

Conferencia pronunciada por Bernardo Lozier Almazán, el 8 de octubre de 2013, en la Academia Nacional de la Historia, con motivo de su incorporación, en calidad de Académico Correspondiente en la Prov. de Buenos Aires.

Señor Presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Miguel Ángel De Marco, Señores Académicos, Señoras, Señores.

Sin duda, esta tan honorífica designación que me ha otorgado la Academia Nacional de la Historia, además de su significación en lo personal, representa el compromiso que contraigo con esta prestigiosa institución, que trataré de cumplir con el aporte de mi trabajo en el campo de las disciplinas de la historia.

Antes de comenzar mi exposición, quiero testimoniar mi agradecimiento al Señor Presidente, Dr. Miguel Ángel De Marco por sus cordiales palabras de recibimiento, que hago extensivo a todos los Miembros Académicos. También debo agradecerle particularmente al Dr. Carlos Páez de la Torre, Vicepresidente 2º de esta institución, sus tan encarecidas y lisonjeras palabras de presentación, que indudablemente son producto de su generosidad.

Muchas gracias.

Santiago de Liniers: Nuevos aportes biográficos.

Cuando se me anunció que debía ofrecer una conferencia en el acto de mi incorporación, luego de considerar algunas alternativas, me pareció que, por cumplirse este año el 260 aniversario del natalicio de Santiago de Liniers, sería oportuno dedicarle esta comunicación académica al héroe de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires

Mucho es lo que se ha escrito sobre la tan azarosa existencia de don Santiago de Liniers, cuyo paso por este mundo estuvo signado por una perseverante adversidad que lo acompaña hasta su impío martirio.

Como bien sabemos, distinguidos historiadores de nuestro ámbito, mediante sus enjundiosos trabajos de investigación, nos dieron a conocer las primeras aproximaciones a la biografía del prócer, como lo fueron Paul Groussac, con su obra titulada "Santiago de Liniers", editada allá por 1907, todavía hoy de consulta; Exequiel César Ortega, con "Liniers una vida frente a la gloria y a la adversidad", editada en 1944, y la de Liniers de Estrada, autor de "Santiago de Liniers el último virrey del imperio", editada en 1947.

Aquellos primeros historiadores de Liniers, fueron sucedidos ya en tiempos más cercanos por otros investigadores, cuyas numerosas contribuciones han aportado mayor abundamiento biográfico. Recordemos sólo algunos de ellos, como Marcos de Estrada, Laurio Destéfani, José Luis Molinari, Julio César González, Mario Serrano, Mario Corcuera Ibáñez, y tantos otros que, en su conjunto, nos dieron a conocer mayores conocimientos de la fascinante personalidad y bizarra actuación del héroe de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires.

Seguramente, quienes hemos incursionado en tan profusa bibliografía, habremos advertido que sus autores, y entre ellos me incluyo, veníamos incurriendo en un pronunciado vacío historiográfico respecto al período anterior a su arribo al Río de la Plata, o sea de los dos primeros tercios de su existencia.

Al respecto, debemos aceptar que los conocimientos referidos a su actuación en el viejo mundo han sido muy escasos y en algunas ocasiones erróneas, por el frecuente y riesgoso recurso de la deducción o suposición.

Felizmente, las disciplinas historiográficas se nutren continuamente de nuevos aportes, que los estudiosos producen en sus incansables búsquedas, o cuando el azar –fiel aliada de los investigadores– pone en nuestras manos sorprendentes hallazgos documentales, por lo general celosamente guardados u olvidados en el ámbito particular, como veremos seguidamente.

Antes de adentrarnos en el tema de esta exposición, debemos recordar que Santiago de Liniers había nacido, hace doscientos sesenta años, el día de su Santo tutelar, el 25 de julio del año de 1753, y fue bautizado el día siguiente en la pila bautismal de la Iglesia comarcal de Notre Dame, de Niort, en la antigua provincia de Poitou.

Las aguas que le quitaron el pecado original le fueron impartidas por el clérigo Daniel Agustín de Bremond, Señor de Lusseray, mientras el párvulo berreaba en brazos de su tía y madrina, Susana Margarita de Bremond, acompañada por su hermano y padrino, Santiago Carlos Alejandro, Marqués de Bremond, contando también con la presencia del padre de la criatura, Santiago José Luis de Liniers, Señor de Cran-Chaban, todos firmantes del acta bautismal.

Como vemos, el acta, además de ser el testimonio sacramental, nos prueba el origen nobiliario de Santiago de Liniers, cuarto hijo de un total de nueve, habidos en el linajudo matrimonio del ya nombrado Santiago José Luis de Liniers y de Enriqueta Teresa de Bremond. No es exagerado decir, entonces, que su acta bautismal es a todas luces una verdadera ejecutoria de nobleza.

Si remontáramos en el frondoso árbol genealógico de esta familia, veríamos que los Liniers descendían de aquellos puros linajes de provincia, que han ganado su nobleza en el fragor de los campos de batalla, pagando con su sangre las bien habidas prerrogativas nobiliarias, a diferencia de aquella otra nobleza ganada más fácilmente – o al menos con menor riesgo y heroísmo – en los salones o alcobas palaciegas.

Prueba indubitable de ello es que el rico archivo familiar guarda numerosos testimonios probatorios de que fueron veinticuatro los Liniers que dieron generosamente su vida por Dios, el Rey y su honor. El primero de ellos, Guillermo de Liniers, en la batalla de Poitiers en 1356, caso poco común que denota una familia de firmes convicciones monárquicas y religiosas a través de los siglos.

Posiblemente, por todo ello, Santiago de Liniers tampoco pudo escapar del fuerte influjo del mandato atávico de su sangre, ya que – como sabemos – el honor y la fe nutrieron su espíritu, de lo que da testimonio su brillante carrera militar, jalonada por actos de heroísmo, su vida familiar cargada de tribulaciones que supo sobrellevar estoicamente, y por último su trágica muerte como sublime prueba de lealtad a sus principios.

Acorde con lo que nos hemos propuesto, no nos detendremos a recordar la actuación de Liniers en el Río de la Plata, como comandante general del Apostadero de Montevideo, gobernador de las Misiones, jefe de la Escuadra rioplatense, héroe de la Reconquista de Buenos Aires, penúltimo virrey del Río de la Plata, y jefe del alzamiento contra la revolución de mayo de 1810 con sus fatídicas consecuencias que – como decíamos– fue ampliamente tratado por no pocos historiadores de nuestro medio, incluso por eminentes académicos de esta Institución.

Por tal razón –en cambio– haremos referencia de muy recientes aportes que, en su conjunto, nos amplían los escasos conocimientos que teníamos de su actuación previa a su arribo al Río de la Plata.

Con tal premisa, debemos reconocer el tan sorprendente como maravilloso hallazgo de once reveladoras cartas, dirigidas por Liniers a su padre, a su hermana solterona, María Teresa Enriqueta, y a su cuñada Charlotte Le Normand d'Toiles, la esposa de su hermano Luis, a la sazón residentes en Francia.

Este verdadero tesoro testimonial, permaneció celosamente guardado durante más de dos siglos, en el archivo familiar de una rama francesa de los descendientes de Liniers.

Fue Louis du Roure, esposo de la heredera de estas cartas, quien las exhumó para darlas a conocer en una edición privada.

La traducción al español, de estas epístolas originalmente escritas en francés, fue realizada de manera impecable, por nuestro amigo, Javier de Liniers, descendiente directo de nuestro prócer en la rama española; he dicho nuestro amigo porque lo hemos conocido y anudado amistad aquí en Buenos Aires, incluso fue ilustre visitante de esta casa, si no me equivoco en julio de 2010.

Fruto de aquel enorme esfuerzo realizado por Javier de Liniers, fue la obra recientemente editada en España, titulada ***“Santiago de Liniers, Virrey del Río de la Plata. A través de su correspondencia familiar”***, que contiene las tan reveladoras cartas.

Particular mención merece una muy reciente edición, también española, de una obra titulada ***“De aventurero a comandante. Inicios de D. Santiago de Liniers en la Real Armada Española 1775-1788”***. Su autor, el Prof. Carlos Pesado Riccardi, argentino radicado en Madrid, fue quien nutrido en la ya mencionada correspondencia le ha dedicado un estudio e inteligente glosa que valoriza el tan revelador epistolario.

Antes de referirnos al contenido de la colección epistolar, no está de más recordar, que por aquellos días, Santiago de Liniers, había ingresado a la Marina Real española, en virtud del “Pacto de familia”, que unía las dos casas de los borbones, la de Luis XV, de Francia y la de Carlos III, de España, que concedía la igualdad de derechos y obligaciones para los militares de ambos reinos.

Para mayor abundamiento sobre esta circunstancia, conviene leer otro esclarecedor trabajo publicado, en noviembre de 2011, por el ya nombrado Javier de Liniers, en la Revista General de Marina, titulado ***“La Incorporación de Santiago de Liniers a la Marina de Guerra Española”***.

Para comenzar con nuestra reseña, nos referiremos a la primera carta de la rescatada colección, fechada el 22 de julio de 1775, a bordo del navío San José, anclado por aquel entonces en la bahía de Alicante. Santiago de Liniers, por aquellos días edecán del príncipe Camilo de Rohan, le relata a su padre el catastrófico asalto a las posesiones argelinas.

En esta extensa carta, Liniers, le informaba que durante el frustrado intento, habían recibido ***“más de 60 impactos de cañón en el cuerpo del navío, la mayor parte de los cuales atravesaba el casco de banda a banda”***, mencionando también que el intento contra los argelinos les había significado la muerte de 2.000 efectivos y 4.000 heridos.

Liniers concluye su carta relatando que regresaban a España ***“llevando a bordo los heridos de mayor gravedad que murieron casi todos en la travesía, en parte porque los moros habían disparado con balas de cobre [...] y en parte también por el fuerte calor reinante y los escasos cuidados que recibieron desde el principio”***.

Liniers, además de describir con patético realismo detalles conmovedores de aquella frustrada campaña naval, también –sin advertirlo– estaba relatando su “bautismo de fuego” bajo el pabellón español, con aspectos hasta ahora totalmente desconocidos.

Como todos sabemos, durante el año de 1776, Carlos III debió enfrentar la grave amenaza que se cernía sobre sus dominios en el flamante Virreinato del Río de la Plata, razón por la cual organizó aquella fenomenal expedición que, al mando de don Pedro de Cevallos, estaba integrada por más de cien navíos, con el fin de poner freno al voraz expansionismo portugués.

Aquella poderosa expedición, también le estaba ofreciendo a Liniers, flamante alférez de fragata, otra gran oportunidad para distinguirse en los comienzos de su carrera naval. Ello fue posible debido a que logró el nombramiento como segundo capitán del bergantín de 10 cañones *Hoope*, en el que zarpó desde el puerto de Cádiz el 13 de noviembre de 1776 con destino a las costas de Brasil.

Así fue como, el 23 de mayo de 1777, intervino exitosamente en la toma de la isla portuguesa de Santa Catalina, operación en la que no se perdió un solo soldado. Al respecto, Liniers le comenta a su padre que **“sin ningún problema nos hicimos dueños de una isla que habría costado mucha sangre [...] a poco que los enemigos hubieran hecho algo de resistencia”**.

En otra carta, también enviada a su padre, le describe el resultado de un relevamiento geográfico y descriptivo de la flora y fauna que realizara durante su corta permanencia en Santa Catalina. Estudio este que nos revela otro aspecto desconocido de sus capacidades.

Obtenida la capitulación de Santa Catalina y dejándola ocupada con una guarnición de 3.000 hombres, don Pedro de Cevallos –cumpliendo las instrucciones reales– dispuso que la flota española se dirigiera al Río de la Plata, donde Liniers intervino en la ocupación de Maldonado, Montevideo, Colonia de Sacramento e isla de San Gabriel. También le permitió conocer Buenos Aires acompañando a Pedro de Cevallos cuando, el 15 de octubre de 1777, debió asumir su efímero cargo de Virrey del Río de la Plata.

Aquí debemos hacer un alto, para reconocer uno de los más importantes aportes a la biografía de Liniers, que nos pone al descubierto la tan novedosa correspondencia, objeto de esta contribución.

Decimos esto con énfasis, porque si revisamos las obras biográficas referidas a Santiago de Liniers, desde el tan lejano Paul Groussac hasta el presente, entre los que también me incluyo, no encontraremos mención alguna de esta su primera presencia en Buenos Aires.

Felizmente para los historiadores, Liniers, a su regreso y todavía a bordo del bergantín *Hoppe* ya fondeado en Cádiz, le escribe a su padre, con fecha del 25 de agosto de 1778, anunciándole que: **“Acabo de llegar a este puerto después de 108 días de navegación [...] , y seguidamente, demostrando su acendrada fe religiosa le informa que: “Lo primero que he hecho a mi vuelta ha sido recibir los sacramentos para darle gracias a Dios por haberme preservado de tantos peligros”, y concluye pidiéndole que: “Dígnese mi querido papá ... trasladar a toda la familia mi profundo respeto y créame absorto por el honor de pertenecer a ella”**.

Pocos días después, Liniers le envía a su padre una magnífica crónica que titula **“Relación de la expedición hecha por su Majestad Católica a la América Meridional en los años 1776, 1777 y 1778”**.

Dada su extensión, solamente haremos una brevísima lectura de la descripción de su primera visión de Buenos Aires, cuando decía que **“se encuentra situada a orillas del río de la Plata [...], de tal manera que siempre reina una continua primavera. La ciudad –sigue diciendo– está muy bien proporcionada y es tan grande como Poitiers, todas las calles están diseñadas en línea [...]. Sus habitantes son las personas más afables que nunca haya visto en ningún sitio. Alrededor de la ciudad se encuentran los campos más bellos que se puedan ver, tanto por su situación como por la fertilidad de sus tierras”**.

El texto, que se extiende a lo largo de numerosos folios, se refiere también a la presencia indígena, mencionando que: **“Yo he visto en Buenos Aires a muchos indios que llevan a vender plumas de avestruz pintadas de diferentes colores. Normalmente emplean el dinero que recaudan con sus ventas a comprar el aguardiente que les gusta con locura”**.

De la lectura de su crónica se infiere que Liniers supo ver, captar y describir minuciosamente aspectos etnográficos, económicos y costumbristas rioplatenses, de indudable valor testimonial.

Pero por sobre todo, en el campo de la historiografía, es la primera evidencia de su temprana presencia en Buenos Aires. Además nos sugiere que Liniers, sin saberlo, se llevaría grabado en su retina el escenario que el destino le tenía reservado para su más gloriosa actuación.

Espigando en su correspondencia, también nos encontramos con otra significativa carta, en la que relata su participación en el asedio de Gibraltar de 1782. Recordemos que por aquel tiempo, España intentó recuperar las fortalezas del Peñón de Gibraltar, en manos de los británicos desde 1704.

Aquel ambicioso plan consistía en un ataque por tierra, que además contaría con el apoyo naval de una poderosa escuadra formada por setenta y cuatro navíos, al mando del célebre almirante Luis de Córdoba.

En uno de aquellos navíos, la batería flotante “Tallapiedra”, participaría el ahora teniente de navío, Santiago de Liniers a las directas órdenes del Príncipe de Nassau.

En carta a su padre, Liniers le informaba que; ***“El 13 de septiembre de 1782, a las seis de la mañana estuvimos en situación de responder al fuego terrible de granadas, balas rojas, balas en rama, bombas y balas de artificio que los enemigos tiraban particularmente sobre nosotros [...] por encontrarnos más cerca que los demás”.***

Liniers continua describiendo, con lujo de detalles, aquella batalla en la que, luego de afrontar durante diez y siete horas el fuego de los británicos, una bala roja desató un terrible incendio a bordo de la “Tallapiedra”, razón por la cual cuenta que: ***“Yo me tiré al agua y abordé una chalupa que por suerte conseguí abordar al navío para salvar al resto de aquellos bravos marinos”***, poco antes de que la “Tallapiedra” se fuera a pique.

Como vemos, estas cartas nos están recreando aspectos totalmente desconocidos de la actividad militar de Liniers, antes de que viniera nuevamente al Río de la Plata, para quedarse hasta el fin de sus días.

Bueno es recordar, que en los últimos días de 1782, precisamente el 21 de diciembre, Liniers fue ascendido al grado de capitán de fragata. A los pocos días, le comunicaba la novedad a su padre: ***“Señor y muy querido padre: Me apresuro en daros a conocer la agradable noticia de mi ascenso al grado de capitán de fragata, empleo de los más brillantes de nuestro cuerpo”.***

Mientras tanto, Liniers –por aquel entonces joven treintañero–, había conocido una bella dama, llamada Juana Úrsula de Membielle, con quien pretende casarse, por lo que le escribe a su padre anunciando su intención y pidiéndole su consentimiento, como se acostumbraba por aquellos días.

La extensa carta, que le enviara con tal propósito, nos aporta algunos aspectos de sus intenciones matrimoniales, cuando le dice: ***“La señorita de Membielle tiene veinte años y no tiene más que un hermano con el que comparte una fortuna considerable que su padre, gentilhombre bearnés, les ha dejado en efectivo y en dos fincas a dos leguas de Málaga”.*** Más adelante agregaba: ***“No ignoráis, querido padre, que en este país el comercio no está reñido con los títulos nobiliarios”.***

También le manifestaba que: ***“Yo os he indicado tiempo atrás que mi vocación no me llamaba en absoluto al celibato y en consecuencia, no podría esperar jamás haber encontrado una ocasión tan favorable como esta para dejar la soltería”.***

Es oportuno recordar que, después de muchos años, hemos podido establecer la verdadera fecha de su matrimonio, mediante el hallazgo del acta matrimonial, asentada en el libro de la Capellanía militar, por lo que ahora podemos asegurar que la ceremonia se celebró, el 21 de febrero de 1783, en la casa de la contrayente, ante el capellán militar.

Luego de aquel intermezzo romántico, el flamante esposo tuvo pocas posibilidades de ejercer su profesión militar, debido a que España había firmado la paz con sus principales enemigos, razón por la cual Liniers, en uso de licencia, pudo permanecer en el hogar malagueño de los Membielle.

Fruto de aquella sosegada vida marital fue su primer hijo, que vio su primera luz a las seis de la mañana del 13 de noviembre de 1783, en Málaga, siendo bautizado al día siguiente con los abundantes nombres de Luis Santiago José Juan María Eugenio de Liniers y Membielle.

Acercas de los últimos años de Liniers transcurridos en el Viejo Mundo, el revelador epistolario que venimos espigando, nos aporta algunos testimonios que nos pone al descubierto los motivos que lo impulsaron a establecerse en el Río de la Plata con su familia.

Oportuno es recordar que durante aquella primera fugaz estancia en Buenos Aires, había quedado tan prendado de su belleza, que le hizo decir: ***“sería imposible encontrar un país tan atractivo, no solo en América sino en el resto del mundo”***.

Aquel tan grato recuerdo, debió aflorar en su mente, diez años después, cuando en 1786, por motivos disciplinarios fue objeto de un proceso que concluyó en un severo apercibimiento. Hecho que le produjo una profunda pesadumbre por el menoscabo de su tan honorable actuación militar.

A todo esto, en aquel mismo año de 1786, el 11 de junio, recibió la triste noticia de la muerte de su querido padre, a quien lo unía una afectuosa relación, según lo testimonia la correspondencia que estudiamos.

Tal vez la providencia, en sus misteriosos designios, le dio la posibilidad de poner distancia a tan tristes circunstancias, avisándole que la fragata *Santa Sabina* partía rumbo al Río de la Plata.

Tomada la resolución se embarcó con su mujer, su pequeño hijo Luis y una criada. Tremenda determinación, que sellaría su ingrato destino en estas tierras, a las que arribó el 3 de septiembre de 1788.

De aquí en adelante, la biografía de Liniers –como decíamos al principio– ha sido muy bien estudiada por los historiadores argentinos, razón por la cual no nos referimos a su tan destacada actuación rioplatense, que tuvo su trágico desenlace aquel 26 de agosto de 1810.

De tal manera, hemos dado a conocer, en forma por demás sucinta –en beneficio de los presentes– estas novedades biográficas que, en su conjunto, significan un verdadero aporte al conocimiento de la figura de quien fuera el épico protagonista de la Reconquista de Buenos Aires, Virrey del Río de la Plata, conde de Buenos Aires por concesión de la Corona española, fiel a Dios y a su Rey hasta sus últimas consecuencias: Héroe y mártir, triunfador y derrotado –que son las vicisitudes propias del guerrero– pero jamás desertor de sus principios.